

RUBENS. Déjese de lisonjas, don Diego. Yo sé que mi ejemplo en poco va a influirle, porque su manera de pintar difiere tanto de la mía que no creo que puedan tocarse nunca.

VELÁZQUEZ. No le miento: he aprendido mucho de vuesa merced.

RUBENS. Mire, los buenos artistas aprenden de lo que ven alrededor, pero no se identifican con nada ni con nadie; solo consigo mismos. Esa es la virtud de la pintura moderna: aunque haya recetas, normas y preocupaciones comunes, cada cual sigue su camino, y todos los caminos son buenos con tal de que lleven a la pintura. Así es como deben ser las cosas, y por eso Velázquez no dejará de ser Velázquez por mucho que pinte durante meses al lado de Rubens.

VELÁZQUEZ. Ni Rubens dejará de ser Rubens.

RUBENS. Yo me propuse siempre no confundirme con otros, y ahora, a mi edad, pocas influencias he de recibir ya, que los perros viejos no aprenden trucos nuevos. Le aseguro, sin embargo, que su trato me ha resultado sumamente ameno.

VELÁZQUEZ. Vuesa merced se relaciona con los caballeros y los monarcas de media Europa y con sus mayores ingenios, así que no creo que mi conversación le haya resultado de mucha utilidad.

RUBENS. No todos los días encuentro a un pintor cultivado que entienda de anatomía, geometría, arquitectura, historia o filosofía.

VELÁZQUEZ. De lo poco que sé, fue mi padre quien sembró la semilla, y mi maestro Pacheco quien la regó gracias al círculo de amigos que me hizo frecuentar en Sevilla.

RUBENS. Maestro y suegro, no es una combinación fácil. Pero no peque de modesto, don Diego. Su capacidad de observación y de experimentación ha suplido con creces tales carencias, y no

sería vuesa merced quien es ni sabría pintar como pinta si se hubiera dado por contento con las enseñanzas de Pacheco. En lo que a mí concierne, le diré que es cierto que hablo con reyes y cardenales, pero ya ve que el prior me trata como a un zapatero y el almirante de Castilla me recibe en su casa con las cejas levantadas.

VELÁZQUEZ. Le recibe con los debidos honores; él y toda la nobleza madrileña.

RUBENS. No fue así a mi llegada, pero creo que en estos meses se han dado cuenta de que se me puede convidar sin que desdore sus salones.

VELÁZQUEZ. El marqués de Leganés le invita a comer un día sí y el otro también, y le ha encargado alguna obra.

RUBENS. Somos viejos conocidos y es un gran entendido en pintura. Es presidente del Consejo de Flandes, pasa tanto tiempo allí como aquí.

VELÁZQUEZ. Don Pedro Pablo, en esta corte hay grandes coleccionistas que valoran más sus cuadros que sus tierras e incluso que a sus esposas. Todos ellos están encantados con vuesa merced y se disputan la ocasión de tenerle en su compañía.

RUBENS. Porque el rey me trata con familiaridad.

VELÁZQUEZ. Antes de que llegara vuesa merced ya tuvieron ocasión de admirar los tapices del triunfo de la Eucaristía que la infanta Isabel Clara Eugenia donó al convento de las Descalzas Reales. Mejor introducción no pudo haber tenido en la corte: el esplendor de su arte al servicio de la devoción del sacramento. [Figura 2.]

RUBENS. Y en contra de la herejía de los calvinistas. Bien está que me acojan como a un ferviente católico y se disipen las sospechas de que, por ser flamenco, tengo veleidades protestantes.

VELÁZQUEZ. Por primera vez han conocido a un gran artista y se han dado cuenta de que un pintor no es solo un criado que les repara la decoración de su gabinete, sino un caballero tan educado, ingenioso y de buena conversación como ellos mismos.

RUBENS. Sí, hay grandes señores en Madrid con buenas colecciones como el príncipe de Esquilache o el conde de Monterrey, y es cierto que en todas las casas de los propietarios acomodados y de los mercaderes cuelgan cuadros; pero no faltan quienes se dan aires y resultan, a la postre, ridículos. Ya sabe de quiénes estoy hablando. Estoy seguro de que vuesa merced escuchará cosas muy jugosas delante de la cámara del rey.

VELÁZQUEZ. Sí, pero procuro olvidarlas.

RUBENS. ¿Ni siquiera con el vino baja la guardia vuesa merced y se permite hablar mal de nadie?

VELÁZQUEZ. Criticar no está entre mis costumbres.

RUBENS. Y hace bien, que las palabras son garfios donde se ahorcan quienes las usan sin cautela y en la corte conviene aprender a callar. Pero no solo de silencio vive el hombre. No esté siempre tan reflexivo y retirado. Es bueno echarle un poco de pimienta a las comidas para realzar los sabores. Sonría, tómese las cosas a la ligera. Hay tiempo para todo: para reírse, para llorar, para triunfar y para fracasar. También para hablar de los demás con una pizca de gracia... Estamos solos, lejos de la rigidez de Madrid, vuesa merced y yo, sin nadie que nos escuche. Hábleme con franqueza.

VELÁZQUEZ. (*Sobresaltado.*) ¿De qué quiere que le hable?

RUBENS. (*Es ahora él quien sirve el vino.*) No sé, dígame si está contento con la vida que lleva en la corte, si recibe un buen trato de Su Majestad...

VELÁZQUEZ. Ya lo ha visto vuesa merced: no podría ser destinatario de mayores muestras de liberalidad y benevolencia.

RUBENS. O del conde-duque de Olivares...

VELÁZQUEZ. Es un hombre de gran sensibilidad y me quiere bien. En él tiene el rey a un gran ministro.

RUBENS. Por supuesto, por supuesto: el mejor, el más trabajador y el más esforzado... O quizá haya algo que vuesa merced quiera saber.

VELÁZQUEZ. (*Duda, pero se resuelve a hablar.*) Puesto que me invita a preguntarle... Tal vez pueda explicarme por qué sigue vuesa merced en Madrid después de todos estos meses.

RUBENS. ¿Que por qué sigo aquí? ¡Vaya pregunta! Vuesa merced lo sabe mejor que nadie: pinto, retrato a la familia del rey, mantengo animadas conversaciones con él. Y en Madrid he emprendido actividades muy interesantes, como buscar los escritos de Marco Aurelio o investigar las antigüedades romanas que tienen algunos caballeros.

VELÁZQUEZ. ¿Y no siente deseos de regresar?

RUBENS. Por supuesto: añoro mi casa, a mis hijos, a mis amigos, a mis discípulos, los paisajes de mi patria...

VELÁZQUEZ. No serán Su Majestad ni el conde-duque quienes le impidan marcharse.

RUBENS. Todo tiene su ritmo, y a veces es difícil explicar por qué nos dejamos llevar por un estado de indulgencia con nosotros mismos. En Amberes me despierto a las cuatro de la madrugada y, después de oír misa, trabajo sin parar durante diez horas. Ahora mi alma necesitaba una cura de distanciamiento; no de pereza, porque ya ve que no puedo estar quieto, sino de ruptura de mis costumbres. Me convenía irme, alejarme temporalmente de mi casa y mi país.

VELÁZQUEZ. ¿Por qué?

RUBENS. Puesto que tanto le va en saberlo, se lo diré. Se lo diré por la amistad que nos une y lo mucho que le aprecio; pero

no es una cuestión que me guste tratar con nadie, ni siquiera con mis confesores. Mi querida esposa, mi querida Isabel, falleció hace dos años... No le deseo a nadie un sufrimiento igual... Ella y yo, no sé cómo explicárselo... sería difícil encontrar una amistad como la nuestra, una afinidad mayor de gustos y caracteres. Era parte de mí, como yo era parte de ella. Yo no sé qué relación tiene vuesa merced con su mujer, pero le puedo asegurar que la pérdida de Isabel ha sido el mayor golpe con que me ha castigado Dios. Y he sufrido otros cuya sola memoria me hace temblar de horror. Hace seis años murió nuestra niña, Clara Serena. Yo la adoraba, pero el Señor se la llevó y me dejó el corazón traspasado y en un estado tal, que no sabía si lo que me sucedía era sueño o vigilia. Y luego fue Isabel quien nos dejó a mis dos hijos y a mí. Los dolores del alma, don Diego, pueden ser tan intensos que a veces, cuando este pie mío me molesta, me digo que habría preferido un millón de ataques de gota a la terrible pérdida de mi niña y de mi esposa... Fue la infanta quien me recomendó que me alejara de Amberes, que cambiara de aires. Lo hizo contra sus propios intereses, porque necesita la compañía de personas como yo. Me marché, pues, y he estado viajando. Mantenerme ocupado y haber roto con mis costumbres han sido los mejores bálsamos. Las novedades que se ofrecen a la vista al cambiar de país ocupan la imaginación y no dejan que recaigamos en la desesperación. Mi casa no hacía sino renovarme todos los días mi pesadumbre, también por eso vendí gran parte de la colección de antigüedades que había adquirido durante mi matrimonio. [Lámina 5.]

VELÁZQUEZ. Entiendo.

RUBENS. Me ayudó mucho la lectura de Séneca. De joven, gracias al gran Justo Lipsio, me aficioné a su filosofía, y siempre

he tenido sus consejos por las mejores directrices para no envanecernos cuando nos sonrío la suerte y aprender a resignarnos cuando el mundo se desmorona a nuestro alrededor. Si algún día pasa por un mal trance le recomiendo que lea sus epístolas morales. Son un gran consuelo frente a las tribulaciones; aunque reconozco que, en lo peor de la tempestad, sobran las palabras y solo cabe esperar que las distracciones y el paso del tiempo nos devuelvan a la orilla de la cordura... Vuesa merced sabe ahora mi secreto. En el fondo, me alegro de habérselo contado. No es bueno que los disgustos maceren en la barrica del alma. Conviene abrirla, y que salgan los vapores y que el aire los disuelva... Yo, se lo digo de todo corazón, no podría haber encontrado mejor compañía en Madrid que la de vuesa merced, no solo porque sea un gran pintor, sino también porque, a pesar de su juventud, es hombre de profundos conocimientos y gran sensibilidad.

VELÁZQUEZ. Ahora las lisonjas son tuyas.

RUBENS. ¿Con quién, si no, habría disfrutado tanto de esas horas pintando juntos o estudiando las colecciones del rey? Hacía mucho tiempo que no mantenía conversaciones tan sabrosas. Nos unen muchas cosas, don Diego; yo ya lo adivinaba antes de conocerle, por su modo de pintar y por la correspondencia que manteníamos. Vuesa merced, a veces, me recuerda a mí mismo, cuando era joven. Espero no molestarle con estas comparaciones...

VELÁZQUEZ. ¿Molestarme? Todo lo contrario. Nada me gustaría más que llegar a su edad y poder decir que he tenido tanto éxito en la vida, como hombre y como pintor.

RUBENS. Vuesa merced tampoco puede quejarse de que le vaya mal. Con veintitrés años ya era pintor del rey. Yo, a esa edad, era un mozuelo que trabajaba para el duque de Mantua y venía

a la corte de Felipe III ansioso por darme a conocer. Uno, de joven, no sabe que hay que dar tiempo al tiempo, y que las cosas, si tienen que llegar, llegan a su debido momento... Vivía en Italia, me sentía un verdadero maestro y estaba listo para sorprender al mundo con mi talento.

VELÁZQUEZ. Y lo consiguió.

RUBENS. Aquí pinté un retrato del duque de Lerma que causó sensación. Ahora, cuando lo he visto, me he dado cuenta de que di demasiado peso al dibujo, que los colores son fríos, que abusé del plata y del azul... [Lámina 6.]

VELÁZQUEZ. El colorido es de una gran nobleza, el retrato es certero y agudo, y la posición del caballo, frontal y con el horizonte bajo, una ingeniosa novedad. Un cuadro así salvará al retratado para la posteridad.

RUBENS. Eso le pesará al conde-duque de Olivares, que ha querido borrar de la faz de la tierra hasta el recuerdo del anterior valido.

VELÁZQUEZ. Para actuar así no le faltan buenas razones a don Gaspar de Guzmán. De todos es sabida la falta de escrúpulos con que actuó el de Lerma, que si se salvó del patíbulo fue porque tuvo la habilidad de conseguir que le nombraran cardenal antes de que lo expulsaran de la corte.

RUBENS. Todo se puede opinar, y es una estrategia obligada de los nuevos gobernantes auparse sobre los cadáveres de sus predecesores para alcanzar mayor reputación... Mucho ha cambiado este reino en veinticinco años. El retrato a caballo lo pinté en Valladolid, porque allí estaba la corte. El duque de Lerma era un hombre caprichoso, un tanto difícil si he de decirle la verdad. Yo tenía miedo de que el rey se enojara conmigo, porque retraté al duque con la prestancia de un emperador. Sin embargo, don Felipe III me felicitó. Lo más notable fue

que tanto el duque como el rey repararon en que yo era un buen artista porque tuve que rehacer los lienzos que se echaron a perder con las lluvias. Me puse a repintar o a pintar de nuevo aquellos cuadros, que eran copias de italianos famosos, y ellos tuvieron ocasión de apreciar mi modo de trabajar. Me ofrecieron quedarme a su servicio, pero yo rehusé. Anhelaba volver a Italia, y eso que me daban buenas condiciones y que más de una señorona de excelentes prendas me prometía mayores satisfacciones que las del prestigio y el dinero.

VELÁZQUEZ. Entiendo.

RUBENS. (*Riéndose y en tono confidencial.*) Aquí hay mujeres fogosas. Entonces era soltero y ahora soy viudo, pero en mis dos viajes he comprobado que las españolas saben apreciar las buenas maneras de un artista. Hablo de españolas de todos los orígenes, aunque yo creo que para este tipo de lides es mejor hacerse acompañar de una mujer que se haya criado a nuestra semejanza, en nuestro país y con nuestras costumbres... Pero desvarío. Salí de España con fama y renombre... Sí, vuesa merced me recuerda a mí mismo por entonces: el mismo afán de superación, la misma inquietud por aprender, la misma fortuna de trabajar para un príncipe poderoso, y la misma ambición.

VELÁZQUEZ. ¿Me cree ambicioso?

RUBENS. Sin ambición no se hace nada en la vida, querido amigo. La ambición es el hilo dorado que nos ata al éxito... Pero, con ser tan similares, he de decirle que a vuesa merced le falta algo que yo me tomaba muy en serio a su edad.

VELÁZQUEZ. Si aún estoy en situación de remediarlo...

RUBENS. Le falta comparar más, ejercitarse más. Copiar más.

VELÁZQUEZ. He copiado mucho en mi vida.

RUBENS. Nunca se copia lo bastante. Míreme a mí: no pierdo oportunidad de pintar una y mil veces los cuadros de Tiziano.